

LUIS DROGUETT ALFARO

POESIA DE HUMBERTO DIAZ
CASANUEVA

UN TÍTULO de resonancias casi pascalianas, y una obra —*Los Penitenciales*¹— cuajada en la noción misma del abismo, sumido el artista —no ya en la semiconciencia del sueño o del mito— sino que auscultador lúcido de los dilemas del ser y del no ser: he aquí que Humberto Díaz Casanueva endilga su poética en un acto de renunciaciones y rebeldías. Porque *Los Penitenciales* traen la realidad última del ser consciente en su limitación, en pugna, en agonía, en la disyuntiva —nacimiento, muerte y resurrección— de todo acto vital.

Los Penitenciales elevan a categoría estética, a ramalazos, las gavillas de palabras que destrozan, en el filo del hacha intuitiva o pensante, su fábula, sus signos labrados en la duda o en la certeza. Poesía existencial. Aquí las palabras están como sollamadas en el muro de carne abierta, sangrante —Manel, Thesel, Phares— del hombre. Poesía metafísica. Sí. ¿Qué poesía no lo es en esencia?

En torno a estos destellos, a estas iluminaciones, vemos al poeta sumido en soledad batalladora, unamunescamente lidiando con la muerte, luchando por fijar la eternidad fluyente de lo humano.

Perfectamente se aviene a la poética del chileno el versículo de Saint John Perse: *...aquellos que olfatean la idea nueva en el frescor del abismo*. En el abismo del ser —traslúcido en la noche de *Los Penitenciales*— en acto casi místico, afloran las videncias en el verbo de Humberto Díaz Casanueva. Invo-

¹Carucci, Editore. Roma, 1960.

luntariamente hemos asociado la obra del autor de REQUIEM —que ha cantado a la Muerte con una vitalidad robustecida en la fuente de la alta poesía germana— con el cuento africano recogido por Blaise Cendrars² de cuyos fragmentos citamos los tan sugestivos:

“La Muerte, que acababa de *morirse*...

...entonces reivindicaban la Muerte para *enterrarla*...”.

En esta ceguera —donde el poeta pulsa el sistema Braille de las intuiciones más profundas— cuyo báculo no es sino que el verbo en atropellos, retiradas y avances (el poeta dice *fulguraciones y ceguerras-tartamudeos de un lenguaje demasiado sumido en sus raíces*) nace una poesía ajena a toda retórica, creando sus posibilidades formales como la materia gesta su identidad temporal en sus caídas oceánicas, en sus cósmicas tormentas, y en sus anunciaciones de unidad acabada.

Poesía en convulsión. En sus cinco cantos nos llega la voz de Humberto Díaz Casanueva, con largos bemoles, abocinada, como si le aplicaran un pedal a los pífanos del gran órgano de la Poesía.

*
* *

Imaginamos al escritor en su dictado secreto. En su cabina más privada: junto a la mesa de trabajo, la grabadora hace girar sus discos de cinta magnética. Es de noche. Ya ha quedado la voz del poeta en esa cinta que ahora urde sus voces lejanas, entrecortadas, en el receptor. Después viene la transcripción de estas palabras; las tachaduras, las vacilaciones. ¿Cómo crear en el papel, en la palabra escrita, esa magia de la voz fijada por la cinta magnética? Y esto que pareciera ser un acto de técnica literaria, se nos presenta como uno de los dilemas en que ha creado sus Penitenciales el poeta de VIGILIA POR DENTRO.

Esas voces cuyas claves sibilinas llegan a nuestros oídos imponiéndonos el recuerdo de aquel augurio: IRÁS Y NO VOLVERÁS NUNCA EN LA GUERRA PERECERÁS, permiten las más disími-

²Antología *Alegre*. Ed. Siglo xx, Buenos Aires, 1944.

les conclusiones. Sin embargo, en el acertijo de esta poesía hay seducción, pues está acicateada por las interrogantes que prefiguran la unidad del hombre contemporáneo; la angustia, la soledad de su Penitencia. El poeta dice:

“Con animales muertos en
los hombros
he recorrido la soledad
terrena
He visto cenizas
paradas. . .”

La ideación de la muerte (leit motiv en la poesía de este poeta fundamental) gira en imágenes que anticipan la idea de un universo-sepulcro, gélido, absoluto en su nadismo, donde el poeta no halla respuesta a su sed de humanidad, de creencia:

“Duermo.
Me destierro donde acaba
mi alma. . .
El tiempo del hombre
es una secreta
víspera”.

Poesía desgarrada, vertida con imaginación veloz, cuya técnica de cuasi estrofas de pie quebrado, porta el tono ásperamente moderno y dramático: lenguaje desarticulado —como expresión del devenir del hombre de nuestro tiempo. Algo de letanía, de imprecación, de impotencia, de voluntad inútil, y sin embargo, acezante, entrecortada la emoción. ¿De dónde ha de venir la misericordia? Aquí no hay milagros. No hay fe. Pero el Hombre, *Los Penitenciales* en su celda amarilla, trágica, tiene a veces el gesto soberbio del ajusticiado frente al verdugo. El artista ha huido de toda complacencia: cartujo en su castillo interior, ha macerado el verbo despojándolo de ritmos y armonías almibaradas. Sombras, furias, sueños, memorias, todo se *evidencia* en su vaciedad:

“Cierno mi sombra y cae
la *evidencia*
Cae un guante de carne...”

Si se aplica a esta poesía el cartabón hedonista; si se la castra con argumentación lógica; en buenas cuentas, si se la parcela en su valores, se tendrá de ella sólo sus ecos amortiguados. No se puede tener frente a esta obra, soslayada por cierta crítica, la actitud del que sonríe a los dioses, en la hamaca, a la hora de la siesta.

Hay que entrar en este Laberinto, y no saber si las puertas, entradas o salidas, están trazadas de antemano.

En este laberinto el hombre está forzado, galeote de su propia galera, en el sinsentido de su diaria existencia. En el Tiempo, el poeta ausculta el círculo de los días: el frutecer y el morir, la pudrición del alma en un trajín inútil. Canta el poeta:

“Tengo que irme al trabajo
Es lunes
Es martes
Tengo que estampar mis ásperos
pulgares
en libros que traduce
la polilla
Es miércoles
Es jueves
Tengo que enmarañar grandes
animales
Es viernes
Tengo que morir para detener
el sol...
Es sábado...”.

Es la Danza de la Muerte. La siega del hombre. En el fluir de conciencia, en el entresueño, hortelano de su propia muerte, el hombre ve los rostros que bajan a los infiernos. En el descenso, los rostros se transfiguran en un proceso que retrotrae los orígenes. Es la rueda de la intemporalidad. Del pozo

del tiempo sube la red cargada de signos mágicos, de llamas; como un geyser del alma universal, salen lamentos, llantos, sombras, leves luces. La vida está emparedada. En el decurso del río humano no hay redención. Sólo el hombre en su vuelta eternal en torno a su cisterna.

LOS PENITENCIALES constituyen un hito en la poesía de Humberto Díaz Casanueva: si miramos a los títulos, a la obra anterior, vemos que este libro acentúa el proceso de ensimismamiento en el ser órfico. Los ciclos vitales de su obra, en movimiento pendular, anticipaban ya este retorno del poeta a su *tema capital*. VIGILIA POR DENTRO, REQUIEM, LA ESTATUA DE SAL, LA HIJA VERTIGINOSA, son obras que configuran una trayectoria importantísima del poeta chileno. Del acto de interiorización, de enamoramiento del ser, hasta el canto a la muerte, que no es otro que el canto a la vida inmortal, el canto al Origen, la poesía de Humberto Díaz Casanueva ha ido perfeccionando este sentido adivinatorio, y también esta renuncia a un arte fácil. Sí. Difícil es el arte de Humberto Díaz Casanueva. Aunque las dificultades que obligan a releer fragmentos implican, por paradoja, el juego de abalorios del que pulsa todas las claves, las interpretaciones aproximadas, como las que anotamos en estas líneas. Su poesía es un camino que no sólo lleva a Roma: hacia todas las latitudes del tiempo y del espacio se abre su verso, pleno de asperosidades; camino el suyo sinuoso, de hondonadas súbitas y de planicies luminosas; en ascenso y descenso; en vuelo y caída vertical.

Y aquí algo decisivo: esta poética hurga como la raíz en las oscuridades compactas; se bebe la sustancia amarga y se aligera de visiones. La raíz, palabra simbólica en la obra del autor de EL AVENTURERO DE SABA, recrea los sismos interiores, agota las resacas en el Mar íntimo. Aquí hay sueños de raíz, sueños en paraísos que no existen; hay infiernos y purgatorios.

*

* *

Y esta poesía, inusitada siempre, se nos entrega en un libro de hermosa envoltura, regiamente editado. Peces, sepulcros, es-

culturas yacentes, signos totémicos americanos, gárgolas, embellecen la edición italiana. Pero estas figuras no ilustran el texto; no desempeñan función ancilar, tienen su propia vida, dándole al texto una complementación curiosa, plena de sorpresas con sus animales fabulosos que recuerdan libros antiquísimos, medievales.

*

* *

Se ha negado alguna vez la significación de la obra de este poeta de Chile. Se ha tachado su cerebralismo expresivo, como si la obra de los demás poetas chilenos fuera producto exclusivo de los hígados y los páncreas o esófagos líricos. Para algunos la poesía pareciera ser sustancia excretoria. Y esto sucede en un país que ha dado a la poesía contemporánea nada menos que el verbo de la Mistral, seco, duro, tosco, andino, y que no entrega sus arcas al primer vuelo en su lectura. Este país que ha dado las *Alturas de Machu Pichu* de Neruda o el *Altazor* de Huidobro, ha regateado más de alguna vez el valor, claroscuro en su complejidad, de Humberto Díaz Casanueva. Han olvidado además que este escritor ha divulgado intensamente en revistas chilenas a las más grandes voces de la poesía alemana e inglesa, haciendo con ello un favor no únicamente pedagógico sino que literario a la juventud estudiosa del país. Sus conferencias sobre Rilke, Williams Blake, etc., hicieron época. De gran resonancia en la juventud que actúa en la Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional, fue su conferencia sobre problemas de la Poesía y Cultura Contemporáneas. Y esto se ha olvidado.

Felizmente los premios no han puesto en evidencia su obra. El sólo ha persistido con una pasión intelectual sin claudicaciones.

*

* *

Las funciones diplomáticas de Humberto Díaz Casanueva han afinado su poesía. Ello no ha significado alejarse de las

tierras de América, de lo telúrico, de las esencias mismas de este continente en *el tercer día de la creación*, en el cual se hacen más trágicas las angustias, el deceso del hombre sumido no ya en vigilia metafísica sino que en el morir de las catástrofes de la naturaleza, en las limitaciones de esta isla esencial de Chile, encastillada entre la cordillera y el mar: el sepulcro y el tiempo viviente en el destino nuestro.

Pese a todo, el poeta ha deseado prevalecer en el verbo ardiente de su obra trabajada con dignidad admirable. A pesar de las dificultades que él mismo conoce en la expresión de sus visiones, entrega su arte humanista con rigor y fe en el hombre que no ha perdido la facultad de su canto.

Las palabras de Humberto Díaz Casanueva son premonitorias:

“Quiero prevalecer
pero me asaltan mis huesos
esculpidos...”.

Esculpidos sus huesos, la médula de su vida intelectual, en un rigor sin concesiones, pues su obra no se entrega a primera incursión. Fragmentaria en su desgarró lingüístico, aflora a escozor, a rabia, a canto.

*
* *
*

Hablar de la poesía de Humberto Díaz Casanueva ha sido, en Chile, signo de pertenecer a una secta de iniciados. Aunque en el país hay lectores y escritores que se regocijan en el barroquismo dialectal de otros autores chilenos, pleno de intenciones y de sugerencias; imprevisto en sus asociaciones, en su humor, la poesía de Díaz Casanueva participa exclusivamente de la zona vedada. Pero esta imposibilidad de mayor público no impedía que otros escritores hayan ido —con un sentido avisor— hurgándole las entrañas con lucidez poética. Y por paradoja, han sido los propios poetas los que han iluminado las estacias líricas de este arte difícil (valga la cita dantesca:

“Vosotros que tenéis la inteligencia sana mirad la doctrina que se oculta bajo el velo de los versos extraños”).

Y en esta empresa de valoración le ha correspondido al poeta Rosamel del Valle, estudiar la poesía de su *pendant* poético en su libro LA VIOLENCIA CREADORA, Poesía de H. D. C.³.

Pocas veces se ha dado en Chile una más poderosa vocación por la Poesía y la Verdad que en el caso de estos dos poetas chilenos. Ellos constituyen una lección viva y una elocuente posibilidad de aunar Poesía e Inteligencia. Rosamel del Valle viene ahora de una empresa valiosa: al estudiar la obra de su amigo, lo ha hecho con sagacidad, sin desdeñar las dificultades que la empresa entrañaba.

Pero en esta hermandad literaria, de auscultaciones y de redescubrimientos, no ha habido lisonjas, menos la vieja fórmula criolla de *pagarse los versos*. Ha habido seriedad. Al escarmenar Rosamel del Valle en toda la obra del autor —con la sola excepción de LOS PENITENCIALES, lo que ha justificado en parte este trabajo— la poesía de Humberto Díaz Casanueva se nos hace lucidez mítica, signo de clara inteligencia, deliberado impulso hacia la aventura metafísica, conciencia alerta frente a la problemática del hombre y la cultura. En el ensayo de Rosamel del Valle bulle también el ser humano del poeta, no parcelado en las cuatro esquinas de las divisiones seudo estéticas o seudo psicológicas.

La definición misma de la poética de Humberto Díaz Casanueva. El ya lo dijo alguna vez: “Dentro de los derroteros de la poesía actual, el poeta tiende a entregar un sentido, que a la vez signifique una actitud, un compromiso o un servicio, es decir, una forma de vinculación con la situación concreta histórica”.

*
* *
*

Toda la poesía del autor de LOS PENITENCIALES está marcando hacia esa búsqueda.

³Ed. Renovación, Santiago, 1959.